

# Tres poemas

Víctor Sosa

*A Eduardo Espina*

La palabra importa: exporta sentido, sopla  
con ese aliento al vidrio, o al menos  
silba en la soledad de Góngora: *pasos*  
*de un peregrino son, errante*; porque son  
ante todo sonoras las palabras, no salen  
al vano de la casa, a la veranda —vanidosas—  
de la India, a solazarse en el silencio; allí  
en ese quicio del iglú no hay palabras, hay  
una mano amiga que concede la esposa al  
que camina, esa es la realidad; ni Lezama  
lima la palabra como ella (y como ejemplo  
dice quetzal); la que dice quetzal produce  
la palabra; produce palabras que importan  
exportan lo que vendrá: pájaros, sentidos  
en la punta de la lengua, silbados aun en  
la soledad o contra el vidrio: viento y mareo  
del poema; porque ella lo sabe (lo dice)  
lo difícil estimula, lo difícil en extinción  
estimula más, es decir: es tinta que es pluma  
(de quetzal), espuma en boca de jaguar que salta  
(vidrio afuera), que sangra y quema; ¿qué más  
puedo decir? —dice y se extiende isóseles

en  
el      aire

(Tractatus)

No saber qué hacer  
donde mirar adónde  
dirigir esa res desollada de pronto  
un domingo de carnaval en el mundo  
no saber qué hacer con el misterio  
porque querencia no hay ni con el instinto  
ay —eso sí  
todos quieren un cuerpo  
una *summa theologica* un  
Ludwig en el cuarto que les diga al oído  
y a la misma hora de morir:

el mundo es real.

Si escribieras todo lo que piensas  
nunca dejarías de escribir. Si pensaras  
todo lo que escribes nunca dejarías de pensar.  
Piensas, luego miras el mar; te miras  
en el ave zancuda que se posa  
a la vera del que brama; como si  
meditara, a la vera, el ave; como si hiciera  
así con el pico para sacudir el pincel de plumas  
para despertar alborozo al alba, para pintarse  
de blanco sobre blanco sobre la espuma  
como Malevich el ave. Para volar  
sólo hace falta volar —nos dice muda  
moderna estilo decó sobre sus patas  
la tan ingrávida, la más —además de bonita  
real por rara que por ralea. Seguro  
se escapó de un jarrón chino —me digo al oído  
es decir al oír la arder en la huída  
en ese sobrevuelo de su forma.

Entonces  
sobran las palabras: el ave  
se salva en su vuelo; la poesía se salva  
en esa selva que no conoces.



*Bailarín azul II*, acero pintado y oxidado,  
1992, 260 x 114 x 118 cm.